

## REFORMA DE NUESTRA ORDEN

Dios lo ha hecho, El ha sido el protagonista, las fundaciones de San José de Ávila y San José de Garagoa, ha sido una obra de Dios, una historia de gracias ininterrumpidas en medio de las contradicciones humanas. Todo ha venido de Dios, ha sido El quien lo ha querido y lo ha hecho.

El Señor prepara en el corazón de Teresa y de Merceditas, de una forma muy eficaz y cercana la inspiración de fundar los monasterios de San José de Ávila y de Garagoa.

<b>TERESA</b>	<b>MERCEDITAS</b>
<p>“Pensaba qué podría hacer por Dios. Y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que Su majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese”.</p>	<p>“Había una motivación más fuerte: Obedecer a la voluntad de Dios que como a Abraham a mis 76 años, el Señor me decía “Sal de tu tierra y de tu parentela y vete a una tierra que yo te mostraré; de ti haré una nación grande...”</p> <p>¿Cómo decir no al que tanto me ha amado? Imposible. Además yo le había pedido que quería hacer algo por la Orden y por la Iglesia, pero nunca llegué a imaginar que fuera esta fundación”.</p>
<p>Ofrecióse una vez, estando con una persona, decirme a mí y a otras que si no seríamos para ser monjas de la manera de las descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio, la idea surge como una continuidad de lo que ya se vive en proyecto entorno a Teresa, en su celda de la encarnación.</p>	<p>Ofrecióse una vez, en la visita a la Basílica de San Pedro, realizada por el Padre Carlos Bernal en el año 2001, al contemplar la preciosa escultura de la transverberación de la Santa Madre recibir la inspiración de contar con la presencia de un monasterio de Carmelitas Descalzas en Garagoa. Para ello se comunica por teléfono con la Madre Merceditas, priora en ese entonces.</p> <p>La idea surge como una continuidad de lo que ya se vive en proyecto entorno a Mercedes, en el monasterio de Villa de Leyva.</p>
<p>Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo concertamos de encomendarlo mucho a Dios.</p>	<p>Jamás pasó por mi mente la idea de fundar un nuevo convento, pues la mayoría somos mayores y pedimos vocaciones para reforzar nuestro monasterio.</p>
<p>Era esta visión con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era El. El Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones que yo veía ser claras y que era su voluntad.</p>	<p>El Señor dio claras señales de que era su voluntad, por mediación del Padre General de la Orden Luis Aróstegui Gamba, Padre Dámaso Zúa Zúa y el Padre Nicolás García OCD, Definidor; quienes por inspiración del Espíritu Santo, expresaron en sus diferentes visitas, la aprobación de esta fundación.</p>
<p>Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor.</p>	<p>Después de haber orado, se reúne la comunidad en capitulo con el fin de considerar dicha petición. Desde entonces se comenzó a mirar el proyecto como voluntad de Dios a la que era imposible decir no. Pasado unos días nos reunimos nuevamente para reflexionar y decidir si aceptábamos la fundación. Era una decisión muy seria. Sorprendente resultado: votación positiva por unanimidad.</p>

Estando en estos mismos días, el de nuestra Señora de la Asunción, en un monasterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado y cosas de mi ruin vida. Vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun pareceme que no pude ver alzar ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no veía quién me la vestía. Después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho y a mi padre San José al izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora: díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San José, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad me daba aquella joya. Parecióme haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho que no se ven. Parecióme nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, más a mi parecer que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme de él, parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios y con tales

Estando posesionadas en la casa que sería nuestro lugar de habitación en Garagoa, en las horas de la tarde frente a una imagen de la Virgen hicimos el ofrecimiento de esta nueva comunidad y nos acogimos a su protección para que seamos verdaderos cimientos. Integrando a partir de este momento como parte de nuestra oración diaria del Santo Rosario en comunidad, que nos nutriría y afianzaría nuestra relación con la Santísima Virgen para cobijar el misterio de la Iglesia. La presencia de San José no se hizo esperar; dentro de nuestra idea en la construcción estaba en dejar de último la construcción de la Capilla. Pero El Señor nos hizo ver que El tiene que ser el primero en todo. Aparece "UN SAN JOSÉ" quien costeara la construcción de la capilla a condición de que se le dedicara al Santo Patriarca.

<p>efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar, aunque mucho lo procurase, no ser cosa de Dios. Dejóme consoladísima y con mucha paz.</p>	
<p>El 7 de Febrero de 1562, la Sagrada Penitenciaría firma el breve de fundación (Ex parte vostra) llegado providencialmente a Ávila, a primeros de Julio cuando la Santa regresaba de Toledo por orden del Señor. La noche misma que llegué a esta tierra, llega nuestro despacho para el monasterio y Breve de Roma, hallé aquí al Obispo y al Santo fray Pedro de Alcántara entrambos a dos acabaron con el Obispo admitiese el Monasterio.</p>	<p>El 8 de Diciembre de 2005, Solemnidad de nuestra Madre Inmaculada, recibimos la carta de Monseñor José Vicente Huertas Vargas, Obispo de Garagoa solicitando la fundación del Carmelo en su Diócesis.</p> <p>El 6 de Noviembre se lee el rescripto No. 10367 2006 de fecha 6 de septiembre por medio del cual la Santa Sede autoriza la fundación del Monasterio en la Diócesis de Garagoa y una carta del procurador General de la orden presentando dicho rescripto y deseando todo esté listo pronto para pedir la erección canónica del nuevo Monasterio.</p>
<p>Pues todo concertado, fue el Señor servido que, día de San Bartolomé, tomaron hábito algunas y se puso el Santísimo Sacramento, y con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo padre nuestro San José, año de mil quinientos y sesenta y dos. Pues fue para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento y que se remediaron cuatro huérfanas pobres... y grandes siervas de Dios a mis hijas llámalas: Antonia del Espíritu Santo, Úrsula de los Santos, María de la Cruz y María de San José, que esto se pretendió al principio, que entrasen personas que con su ejemplo fuesen fundamento para en que se pudiese el intento que llevábamos, de mucha perfección y oración, efectuar, y hecha una obra que tenía entendido era para servicio del Señor y honra del hábito de su gloriosa Madre, que éstas eran mis ansias.</p>	<p>Aprobado por la comunidad de Villa de Leyva, comienza el día dos de febrero de 2007 la fundación en Garagoa, compuesta la nueva comunidad por 4 hermanas que entregan su vida a edad mayor para esta gracia del Señor: Mercedes de Santa Teresita, María de Jesús, María Claudina de San José y María del Rosario de Jesús, quien era juniora.</p> <p>El sábado 3 a las 7 de la mañana el Padre Carlos Bernal, nos celebraba la primera Eucaristía en nuestro pequeño oratorio y nos dejó la Reserva del Santísimo. Ahora sí “un nuevo Palomarcito y un nuevo Sagrario donde se adore al Señor”.</p>
<p>En este tiempo vinieron a mí noticias de los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que ésos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo; y que siendo</p>	<p>El Señor Obispo de Garagoa, al plantear la problemática de su Diócesis, que estaba pasando por un tiempo de prueba, muchos sacerdotes estaban en una crisis vocacional influenciando negativamente su obediencia al Obispo; los jóvenes en depresiones y crisis existenciales que les llevaba al suicidio, la disolución de las familias, el crecimiento de sectas y la desbandada de católicos hacia esas sectas por falta de evangelización y decepcionados por el ejemplo que recibían por parte del clero; me llevó a descubrir que El Señor había escuchado mi ofrecimiento: yo le había pedido al Señor que quería hacer algo por la Orden y por la Iglesia.</p>

tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese adonde reclinar la cabeza.

Acabado todo, sería como desde a tres o cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual, como ahora diré. Púsome delante si había sido mal hecho lo que había hecho, si iba contra obediencia en haberlo procurado sin que me lo mandase el Provincial (que bien me parecía a mí le había de ser algún disgusto, a causa de sujetarle al Ordinario, por no se lo haber primero dicho; aunque como él no le había querido admitir, y yo no la mudaba, también me parecía no se le daría nada por otra parte), y que si habían de tener contento las que aquí estaban en tanta estrechura, si les había de faltar de comer, si había sido disparate, que quién me metía en esto, pues yo tenía monasterio.

Todo lo que el Señor me había mandado y los muchos pareceres y oraciones que había más de dos años que no casi cesaban, todo tan quitado de mi memoria como si nunca hubiera sido. Sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obras que ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio que cómo me quería encerrar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades, con mi brazo fracturado por aquella caída en la que él mismo me tumbó, quedando así impedida para escribir, teniendo que escoger a mí hija Ana de San Bartolomé como compañera y enfermera; que cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y dejaba casa tan grande y deleitosa y a donde tan contenta siempre había estado, y tantas amigas; que quizás las de acá no serían a mi gusto, que me había obligado amucho, que quizá estaría desesperada, y que por ventura había pretendido esto el demonio, quitarme la paz y quietud, y que así no podría tener oración, estando desasosegada, y perdería el alma.

Cosas de esta hechura juntas me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa, y con esto una aflicción y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me vi así,

Humanamente se mezclaban muchos sentimientos generando una batalla interna: “¿De dónde saldrá el dinero? ¿No será una locura sacar ocho (8) monjas de Villa de Leyva, donde son 17 capitulares y de ellas 8 muy mayores y enfermas? El dolor de dejar el Monasterio, lo difícil de este desarraigo de 55 años de vida en este amado Palomarcito, el cansancio y el peso de los años, la limitación por el brazo fracturado en aquella caída, que a pesar de ella se hace todo lo que se puede, acudiendo a María Claudina de San José cuando era imposible llevar a acabo la labor; quien generosamente me ha dicho que se quiere quedar en esta fundación para ser mi brazo izquierdo.

El sentimiento de desamparo porque en la Diócesis no encontraba apoyo económico, aunque nunca faltaba la comida pues los fieles de Garagoa se desbordaban en bondad, la soledad espiritual que percibía al no tener un sacerdote que nos celebrara la Eucaristía en nuestro oratorio teniendo que salir de nuestra clausura hacia la Catedral todos los días, despertó como una tentación el deseo de querer regresar al Monasterio de Villa de Leyva.

<p>fuíme a ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme a El no podía. Paréceme estaba con una congoja como quien está en agonía de muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque a un confesor no tenía señalado.</p>	
<p>Mas no dejó el Señor padecer mucho a su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer, y así fue en ésta, que me dio un poco de luz para ver que era demonio y para que pudiese entender la verdad y que todo era quererme espantar con mentiras. Y así comencé a acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor y deseos de padecer por El.</p>	<p>La entrañable devoción a la Santísima Trinidad, a Jesús Eucaristía, a la Santísima Virgen y a su padre y amigo del alma San José, fueron luz y alimento en su acendrado espíritu de fe. Era impresionante su equilibrio emocional, ella se apoyaba sólo en la fe, en las dificultades le escuchábamos siempre esta frase: “Dios quiere esta fundación Él la llevará adelante”. Ante estos sentimientos encontrados Merceditas siempre supo conservar su optimismo y buen humor; cuando notaba que se bajaban los ánimos ella siempre tenía una palabra oportuna o un chiste que todo lo serenaba.</p>
<p>Así que, hermanas, todo lo que pudieris sin ofensa de Dios procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os trataran, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto: mientras más santas, más conversables con sus hermanas, y que aunque sintáis mucha pena si no van sus pláticas todas como vos las querríais hablar, nunca os extrañéis de ellas, si queréis aprovechar y ser amada. Que es lo que mucho hemos de procurar: ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas.</p>	<p>Supo unir su intensa vida espiritual con la simplicidad de trato, gracias al exquisito don de gentes que El Señor tuvo a bien concederle. Tenía grandes cualidades humanas, inteligencia extraordinaria, don de gentes, capacidad de organizar, disponer y dirigir, intuición femenina; alegría que contagiaba porque le venía de una vida de intimidad con Dios. La fraternidad fue su trabajo mas fuerte y lo que realmente la hacía sufrir era la más mínima discordia entre sus hermanas. Todos estos dones ella los supo poner siempre al servicio de la comunidad y de las personas que trataba, porque a ellos se juntaba su profundo espíritu de oración. En Merceditas, no se conocía la acepción de personas todas tenían un valor incalculable. Tenía trato con los prestigiosos que eran instrumento del Señor para la fundación, con los pobres que se acercaban a ella siendo sus amigos. A todos les sabía el nombre, contagiando su alegría y optimismo, sosegando sus almas con su calidez y su capacidad de escucha.</p>
<p>¡Oh hermanas mías en Cristo! ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones; no, hermanas mías, por negocios del mundo. No penséis, que serán muchas las cosas que os encargaré, porque plega al Señor hagamos las que nuestros santos Padres ordenaron y guardaron, que por este camino merecieron este nombre. Solas tres me extenderé en declarar, que son de la misma Constitución, porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en</p>	<p>“Ya estamos pensando en el proyecto para la construcción del Monasterio y ¿Cuál es el Proyecto Comunitario en esta realidad totalmente nueva? Somos conscientes de que no vamos a encontrar una comunidad perfecta pero vamos a trabajar para construir la comunidad donde el único móvil sea la entrega al Señor; donde nuestra vida toda gire en torno a Él. Sabemos que todo empeño por construir la comunidad conlleva saber llevar la Cruz, asumiendo las deficiencias propias y de las hermanas y que sólo aceptando la realidad de nuestra pobreza se construye la comunidad. Somos conscientes que esta fundación comienza</p>

guardarlas para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; la otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas; todo ello con una muy determinada determinación.

en la absoluta pobreza y debilidad en todos los campos y es lo que más nos alegra por que será una obra del Señor y no nuestra. La comunidad Trinitaria será el modelo y ejemplo de la comunidad, es El mismo Jesús quien nos propone este modelo "Padre que todos sean uno como yo en ti y tu en mí (Juan 17,21) en el misterio trinitario las tres divinas personas viven en una comunión tan íntima que forman un solo ser: DIOS. Este es el ejemplo para la comunidad que tiene que trabajar para lograr un trato tan fraterno con las hermanas de modo que se pueda realmente decir "que son un solo corazón y una sola alma" y para que la caridad se traduzca en ENTREGA, DONACION Y SERVICIO A LAS HERMANAS. En esto queremos encontrar nuestra realización. "Esta debe ser una comunidad al estilo de Teresa de Jesús, yo no quiero que en Garagoa se imponga un régimen militar".

**TESTIMONIO:**

Ana de San Bartolomé, religiosa en el dicho monasterio de San José de Ávila, compañera y enfermera por cinco años de la Santa Madre Teresa de Jesús: Fue la Madre Teresa de Jesús quien dio principio a la Orden que llaman de Descalzas Carmelitas en la regla primitiva con el monasterio de San José de Ávila , oí decir que el motivo que tuvo para hacer este principio fue la gloria de Dios Nuestro Señor y bien de las almas, y acrecentar iglesias y dar posada a Cristo nuestro Señor por las que los herejes y luteranos deshacían y derribaban. Le conocí en el tiempo de trato como una mujer dotada de grandes virtudes, ser de mucha humildad, paciencia, obediencia, pobreza y penitencia, en ella conocí estas cosas con mas perfección que las que he visto en todas cuantas religiosas he tratado. Su caridad era tan grande, que cuando le hacían algunas limosnas copiosas, sin quedarse para sí con nada, solía repartirlas y con tanta liberalidad como si tuviera mucha hacienda y propios de qué ayudarse. Llevó con mucha paciencia y sufrimiento la enfermedad de su brazo, sin quejarse ni hacer sentimiento de dolor, con durarle como le duró toda la vida el no poder servirse de él y ayudarla me tocó a vestir. Tuvo en esta vida trabajos grandes, los cuales llevó con gran ánimo por amor de Dios, todos aquellos que la perseguían a ella y a su obra, rogaba por ellos, trataba y conversaba y amaba como si no la persiguieran. Murió en mis brazos en el monasterio de Alba de Tormes, dejando grande

olor y bueno, haciendo en mí gran merced El Señor  
que nunca más sentí pena de la muerte de la Santa  
Madre.